

DESY ICARDI

LA
FOTÓGRAFA
DE LOS
ESPÍRITUS



AdN

Desy
Icardi

**LA FOTÓGRAFA
DE LOS ESPÍRITUS**

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *La fotografa degli spiriti*

Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2022 Fazi Editore srl

© de la traducción: Xavier González Rovira, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 978-84-xxxx-xxx-x

Depósito legal: M. xxxxx-2023

Printed in Spain

A mi madre

Muchos días después, frente al edificio del Ayuntamiento, el abogado Edmondo Ferro había de recordar aquella mañana luminosa en que una chica con mirada un poco oblicua quiso sacarle una fotografía.

Capítulo 1

Monferrato, abril de 1906

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas!

Al son de aquella letanía de palabras arrastradas, las puertas que daban al callejón comenzaron a abrirse, revelando pasillos oscuros que se encendían ante los ojos curiosos.

—¡Fotos, retratos de familia, recuerdos de la confirmación!

Con la nariz asomando lo justo por el umbral, las mujeres vieron desfilar la pequeña procesión, encabezada por un hombre de mediana edad que llevaba un bigote de manillar y un traje exquisitamente confeccionado, el cual, sin embargo, no podía, disimular su achaparrado físico. De su brazo iba una mujer mucho más alta que él, de tez morena, con su larga melena negra sujeta por una vistosa peineta dorada y un ajustado vestido de flores rojas que la envolvía; un vestido sorprendente y muy descarado, comparado con las faldas y las blusas aburridas con las que solían envolverse las mujeres del pueblo. Detrás de aquella pareja tan mal acoplada caminaba un chico de unos catorce años que vociferaba su retahíla, empujando un pesado carro pintado de verde oscuro en cuyo lateral estaba escrito, en letras doradas y ahora ya descoloridas: «FOTOGRAFÍAS BARDELLA».

El chico era el detalle menos interesante de la procesión; se trataba de Berto, el hijo menor de un aparcerero de las inmediaciones;

lo habían contratado para empujar el carro con el equipo. La verdadera atracción no era ni siquiera la procaz señora a la que los aldeanos habían apodado, desde su primera aparición algunas primavera atrás, «la Valenziana»; al contrario, el personaje verdaderamente notable era *munsù* Bardella, que de vez en cuando recorría las calles de pueblos pegados a las colinas del Monferrato, cambiando para siempre el destino de alguna afortunada familia.

Las puertas ya estaban abiertas de par en par y enmarcaban a mujeres sonrientes de mediana edad con su séquito de jovencitas. Los arcos que daban a los patios interiores se habían poblado de ancianos, niños y jovencuelos que rozaban con miradas furtivas a la bella Valenziana. Bastaría con que la mujer les hubiera devuelto a ellos un atisbo de sonrisa para que hubieran salido huyendo a meterse de nuevo en los establos como pollitos asustados, pero esa misma tarde quienes pasaran por la plaza los habrían oído manifestar entre risas los más atrevidos comentarios sobre la esposa del fotógrafo.

—*Buondi munsù* Bardella! —saludó festivamente una mujer asomada a la puerta de su casa—. ¡Salud al señor y la señora Bardella, chicas!

—De la oscuridad surgieron tres chiquillas con sus mejores chales, ya demasiado gruesos para el mes abril.

—¿A que son guapas mis chicas? —preguntó la mujer, agarrando la barbilla de la que tenía a su lado para obligarla a mostrar su rostro al fotógrafo.

—Son unas niñas muy guapas —le concedió el hombre—, y dentro de unos años serán hermosas señoritas.

—Rosetta tiene dieciséis años —continuó la mujer, tirando de la chica por la barbilla—, sabe cocinar, coser y bordar: ¡si viera usted qué ajuar más bonito está preparando!

—Si su Rosetta ya tiene dieciséis años —sonrió Bardella—, entonces dele leche todos los días, de lo contrario nunca se desarrollará, y no le endilgue ese suero de leche transparente que queda después de retirar toda la nata para hacer la mantequilla que vender en el mercado.

Las vecinas de la mujer no distinguieron las palabras de Bardella, pero vieron claramente que su rostro se ponía como un tomate de vergüenza, para palidecer luego con la mortificación.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales...

—¡*Munsù* Bardella! —lo llamó una joven desde un portal—. ¿Cuánto cobra por una fotografía de mis pequeños?

La niña, de unos siete años, vestía una túnica blanca, mientras que su hermano mayor llevaba una chaquetita realzada por un brazalete de raso blanco en la manga.

—¿Comunión y confirmación? —preguntó el fotógrafo.

—Sí, a él lo confirmaron la primavera pasada y ella hará la comunión el próximo mes de mayo, pero me gustaría que se fotografiaran juntos porque...

—Le haré un buen descuento, señora —tuvo a bien avisarla—, dos fotos por el precio de una.

El fotógrafo entró en el patio con su bella esposa del brazo, y el chico los siguió con el carro.

—Vamos, Berto, coloca el telón —le ordenó.

El chico sacó del carrito lo que parecía un rollo de tela de los que venden en las mercerías, aunque mucho más grande. Sus maniobras atrajeron a una pequeña multitud de curiosos.

—Permanezcan de este lado, señores —advirtió Bardella a un grupo de ancianos—, de lo contrario acabarán en la fotografía, ¡y me parece que ustedes hicieron su primera comunión hace ya bastante tiempo!

Los viejos campesinos se rieron a carcajadas y se colocaron donde se les indicó.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Berto? —soltó Bardella, señalando el toldo que el chico acababa de izar y que mostraba un cuadro con un jardín lleno de flores—. ¡Ese es el telón de fondo para las bodas y los compromisos matrimoniales! ¡El fondo para comuniones y confirmaciones es el que tiene los ángeles! Tenemos telones

de fondo para todas las ocasiones, ¿saben ustedes? —informó a su público, ya bien numeroso; sabía perfectamente que incluso antes de tomar las fotografías de los dos niños encontraría a más clientes.

Como era de esperar, en efecto, a la foto de los dos hermanitos le siguieron muchas otras, lo que obligó al pobre Berto a cambiar varias veces el telón de fondo. Finalmente, cuando todos —recién casados, recién nacidos con túnicas bautismales, reclutas con escarapelas tricolor— quedaron satisfechos, el instrumental volvió al carro y la procesión reanudó su marcha.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas...

Las salidas a la calle volvieron a abrirse. Algunas madres buscaban la mirada de Berto con la esperanza de que pudiera defender su causa, pero él respondía a aquellas expresiones suplicantes con una mueca de sorna. Esas mujeres siempre lo habían mirado frunciendo la nariz porque era hijo de un aparcerero; ahora que trabajaba para un famoso casamentero, un *bacialè*, como lo llamaban por aquellos pagos, parecían tener la esperanza de que olvidara su soberbia.

La Valenziana estrechó el brazo de su marido y señaló con la cabeza, tan morena, una de las salidas abiertas, frente a la cual una madre exhibía lo que podría describirse como pésima mercancía.

—¿Te refieres a esa? —le preguntó en voz baja, mirando a la chica a la que su mujer había señalado, una especie de gigantea con facciones duras y los brazos tan robustos como los de un mozo.

La Valenziana se acercó a su oreja y le susurró algo.

—¡Por supuesto, querida, tienes toda la razón! Disculpe, señora... —Se le acercó afable.

—Giuditta —se presentó la mujer—, viuda de Bosco.

—¿Quiere que le hagamos una fotografía a su hermosa hija, señora Bosco?

—Con mucho gusto —chilló con entusiasmo—. Si supiera con cuántas ganas lo esperábamos, ¿verdad, Nerina?

La muchachota frunció su hirsuto ceño y se ciñó el chal recién confeccionado.

—Berto, esta foto la haremos dentro de la casa, monta el carrito en el patio, luego lleva dentro el telón de fondo pequeño y la silla Savonarola.

—¿La del respaldo alto o la otra, la que tiene forma de barco?

—Digamos que la que tiene forma de barco, si te gusta llamarla así —resopló Bardella, exasperado—. Vaya usted abriéndonos camino, viuda de Bosco.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, las madres que habían presenciado la escena desde sus puertas abiertas se agolparon en el centro del callejón, uniéndose en un inexpugnable corro del que quedaron excluidas sus hijas.

—¿Cómo es posible que *munsù* Bardella haya elegido a la hija de Giuditta? —preguntó indignada una de las mujeres, que llevaba un pañuelo atado a la nuca—. Nerina es buena moza, pero las chicas guapas están hechas de otra pasta.

—Hasta las pasables están hechas de otra pasta —murmuró la madre de Rosetta, que había seguido con avidez el desfile del carro.

—Ahora entiendo por qué me dijo que le diera más leche a mi Rosetta, si lo que le interesa es ese tipo de mujerona.

—Tú a Rosetta deberías darle más leche, de verdad —replicó la mujer con el pañuelo en la cabeza—, si no, tan flacucha como está, ¡no se la quedará ni un recadero de aquí, del pueblo, ya ni hablar de un rico caballero argentino!

—Yo no podré engordar a mis hijas —admitió la mujer—, pero al menos no las mato de cansancio y tienen la espalda bien recta. No como la pobre Nerina, que lleva cortando leña desde que era una niña y ahora tiene joroba. Giuditta se la ha escondió con un chal nuevo, ¡pero ya veréis cuando *munsù* Bardella se dé cuenta, ese no va a mandar su foto a Argentina!

Capítulo 2

Turín, mayo de 1908

«Aquella era un mañana radiante», así es como la habría descrito un poeta de escaso talento. Una definición de este tipo, por banal que fuera, resultaba absolutamente adecuada: toda la creación, las cosas y las personas, palpitaba con el vigor que transmitía el cálido sol de primavera. Mientras todo lo que tenía a su alrededor temblaba de alegría primordial, el joven abogado Ferro caminaba hacia el bufete con paso lento, arrastrando los pies. «Joven abogado» era un eufemismo: Edmondo Ferro, el único descendiente varón de su familia, tenía ya treinta y siete años y ya llegaba a todo con retraso, o eso era lo que sostenían sus parientes. Aún no era un profesional establecido, no había tomado esposa, ni, en consecuencia, obtenido un heredero; pero es que, además, aún no había decidido —y ese era su secreto más íntimo— si convertirse en un abogado de primera, un buen marido y un padre de familia eran cosas que realmente deseaba.

El sol de mayo brillaba indiferente a sus tormentos; él también habría podido dejarse inundar por aquella difusa emoción placentera, pero las dos únicas sensaciones que lograba percibir eran el peso de su delgado cuerpo, que se resistía con todas sus fibras a la dirección que le estaba imponiendo, y los golpecitos que le daba en su costado el libro que llevaba en el bolsillo de su americana.

La noche anterior se había dormido entre las páginas de *El rojo y el negro*, de Stendhal, justo durante el arresto de Julien Sorel. Ahora se sentía terriblemente preocupado por ese pobre joven y no podía tolerar la idea de no recibir noticias suyas hasta bien entrada la noche. Por supuesto, podría haber leído por encima en su despacho, como hacía a menudo, ocultando el libro cada vez que oía el clic del picaporte; pero cuando una trama alcanzaba el clímax del *pathos*, odiaba enfrentarse a ella en pequeños bocados tragados a hurtadillas, sin ni siquiera poder saborearlos.

De repente, una mirada lo rozó. El abogado Ferro era muy sensible al peso de ciertas miradas, que a veces percibía sin tener que volverse para obtener una confirmación de ellas. La mirada en cuestión procedía de detrás del escaparate de una tienda, una librería para ser exactos, pero, en esa mañana tan radiante como oscuro era su humor, se negó a captarla, prefiriendo sacudírsela de encima.

Como un autómatas, cruzó el portón del edificio que albergaba el galardonado Bufete Ferro - Abogados desde 1807, y comenzó a subir las escaleras con el libro, que se agitaba en su bolsillo, fustigándolo a cada peldaño.

«¡Azotes!» Eso es lo que se merecía, solía repetirle su conciencia con una voz poderosa, pero, al mismo tiempo, estridente como la de su tío Eugenio; una voz que, metiéndose por las orejas en las que diariamente vertía sermones y reproches, había conseguido penetrar en su interior, extendiéndose por todos los meandros de su ser. «¡Deberías avergonzarte de ti mismo! —coreó su conciencia con la odiosa voz de su tío—. ¡Estás tirando a la basura una suerte que otros, mucho más merecedores que tú, no han tenido!».

No merecía su suerte: en ese punto, tanto él como su conciencia estaban completamente de acuerdo. Pero la verdad era que él ni siquiera deseaba esa suerte.

«Lo dices porque siempre has tenido los pies calientes, te han alimentado y educado bien, pero, si hubieras nacido en una familia de gente pobre, ¿no te permitirías desdeñar comodidades y privilegios!»

Los abogados de Ferro llevan un siglo defendiendo la ley, y cuando te toque a ti tomar las riendas del bufete, ¡lo mandarás todo al garete en unos pocos años!»

El año anterior, el galardonado Bufete Ferro – Abogados desde 1807, había cumplido cien años, y desde entonces su tío aún lo atormentaba más: «¡Un siglo de honorable actividad, un siglo de compromiso del cual no eres digno!». Le estuvo repitiendo esa perorata durante todo el año 1907, y el abogado Edmondo Ferro temía tener que seguir escuchándola durante muchas décadas más, aunque desde hacía unos meses, es decir, desde principios de 1908, su tío había cambiado el estribillo: «¡Más de un siglo de honorable actividad, más de un siglo de compromiso del cual no eres digno!». Qué afilados eran esos «más de» que su tío le lanzaba cotidianamente, como minúsculos dardos.

Para conseguir que dejaran de taladrarlo, Ferro debería haberse enderezado, haberse comprometido con su trabajo y, tal vez, haber tomado una esposa por fin. La habría encontrado con facilidad, bastaría con echar un vistazo a su alrededor. Evidentemente, él no era ningún Adonis —bajo de estatura, enclenque, con la espalda ligeramente encorvada, el pelo escaso de un rubio apagado que ya iba tirando a canoso y una nariz afilada y jorobada, características que, reunidas, le daban el aspecto de un ave rapaz desplumada—. Pero Turín estaba llena de ambiciosas doncellas que habrían pasado por alto su falta de atractivo con tal de casarse con el último vástago de una brillante dinastía de abogados.

El abogado Ferro no culpaba a las mujeres que buscaban un cónyuge acomodado, dado que a menudo aquella era la única forma de elevar su condición. Lo cierto era que no quería ser un marido de conveniencia. Si a las mujeres se les hubiera permitido educarse y cursar carreras lucrativas, se habrían dado muchos más matrimonios por amor.

«Si las mujeres fueran independientes, tú, feo como eres, ¡no encontrarías a ninguna dispuesta a pillarte!»

—Pues entonces, ¡que así sea! —murmuró para sí, encogiéndose de hombros y subiendo el enésimo escalón.

Poner en marcha un matrimonio, al fin y al cabo, era una gran pérdida de tiempo: había que encontrar a la chica adecuada —o, en su caso específico, a la menos equivocada—, intentar conocerla lo justo para no meter en casa a una extraña, ponerse de acuerdo con la familia de ella sobre los detalles económicos y luego organizar un gran banquete de bodas, asegurándose la participación de la gente adecuada... ¡Como si en el mundo hubiera personas equivocadas *a priori*!

No, la vida era demasiado corta y el tiempo demasiado precioso para malgastarlo en semejantes tonterías; uno podría aprovecharlo mejor leyendo. Sí, esa era su gran pasión, o quizá su obsesión: leer todo lo posible.

Aunque sabía que el matrimonio no era lo suyo, también sabía, de todas formas, que al menos debería llegar a ser un abogado mejor, no solo para complacer a su familia, sino por su propio interés. Si se comprometiera más con la abogacía, quizá consiguiendo hacerse con alguno de esos casos prestigiosos de los que se hablaba en la prensa, su tío dejaría de fustigarlo con esas largas regañinas —¡aquello sí que era una pérdida de tiempo!— y le concedería el crédito necesario para permitirle gestionar su trabajo de forma autónoma, lo que le brindaría la oportunidad de organizar sus días de un modo que haría que tuviera más tiempo para sí mismo y para la lectura.

El libro seguía chocando contra su costado, pero el abogado estaba resuelto a no prestarle atención: a partir de ese momento, ¡cambiaría de registro y se esforzaría en el trabajo, tanto para acallar a su conciencia como a su tío!

—¡Inútil!

El joven Ferro se detuvo: aquella palabra no había salido de la voz de su conciencia, ¡sino por su tío en persona!

Ahí estaba, el rugido de la bestia que más temía en el mundo, alcanzándolo a un tramo de escaleras de distancia. El abogado tendió la oreja, aunque no era en absoluto necesario:

—¡Eres un inepto! —oyó despotricar—. ¡Un inútil, peor que mi sobrino!

Esta vez las invectivas del tío no iban dirigidas a él —salvo de manera indirecta, poniéndolo como ejemplo de inutilidad—, sino a uno de sus muchos subordinados: un pasante de Derecho, un escribiente o tal vez un archivero.

Si Edmondo hubiera entrado en el estudio en ese momento, su tío, sin lugar a dudas, lo habría involucrado en la discusión, primero exponiendo la presunta infamia cometida por el infortunado, luego descargando su furia contra él, ya que, en su opinión, no daba en modo alguno un buen ejemplo. Cada error, descuido o contra-tiempo con el que su tío se topaba le era atribuido de modo inexorable: ¿cómo podía esperarse una buena conducta de los empleados cuando aquel que algún día iba a heredar el bufete y ya debería haber tomado las riendas haraganeaba todo el día? Ese era el momento en que el desgraciado de turno salía por piernas, dejando que el jefe se desahogara con su sobrino. Ese era el motivo por el que todos los empleados de la empresa adoraban a Edmondo: no por su incuestionable amabilidad, sino más bien porque siempre se podía contar con él como chivo expiatorio. Pero, en fin, ¿ese día el abogado Ferro no se sentía realmente dispuesto a prestarle a la víctima ese piadoso servicio!

En vez de continuar subiendo las escaleras, bajó un tramo y se metió por una puerta lateral que daba acceso a una escalera de servicio; un lugar estrecho, polvoriento y bastante oscuro, pero no lo bastante como para impedirle leer.

—Oh, mi pobre Julien —murmuró con cariño el abogado, mientras abría de nuevo el volumen por donde lo había interrumpido la noche pasada—, estoy muy angustiado por tu destino, aunque, para ser justos, ¡menuda la que has montado!

**Desy
Icardi**

La fotografía
de los espíritus

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

AdN

Título original: *La fotografia degli spiriti*

Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura italiano



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2022 Fazi Editore srl

© de la traducción: Xavier González Rovira, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-24-7

Depósito legal: M. 1040-2024

Printed in Spain

A mi madre

Muchos días después, frente al edificio del Ayuntamiento, el abogado Edmondo Ferro había de recordar aquella mañana luminosa en que una chica con mirada un poco oblicua quiso sacarle una fotografía.

Capítulo 1

Monferrato, abril de 1906

—¡Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas!

Al son de aquella letanía de palabras arrastradas, las puertas que daban al callejón comenzaron a abrirse, revelando pasillos oscuros que se encendían ante los ojos curiosos.

—¡Fotos, retratos de familia, recuerdos de la confirmación!

Con la nariz asomando lo justo por el umbral, las mujeres vieron desfilar la pequeña procesión, encabezada por un hombre de mediana edad que llevaba un bigote de manillar y un traje exquisitamente confeccionado, el cual, sin embargo, no podía disimular su achaparrado físico. De su brazo iba una mujer mucho más alta que él, de tez morena, con su larga melena negra sujeta por una vistosa peineta dorada y un ajustado vestido de flores rojas que la envolvía; un vestido sorprendente y muy descarado, comparado con las faldas y las blusas aburridas con las que solían envolverse las mujeres del pueblo. Detrás de aquella pareja tan mal acoplada caminaba un chico de unos catorce años que vociferaba su retahíla, empujando un pesado carro pintado de verde oscuro en cuyo lateral estaba escrito, en letras doradas y ahora ya descoloridas: «FOTOGRAFÍAS BARDELLA».

El chico era el detalle menos interesante de la procesión; se trataba de Berto, el hijo menor de un aparcerero de las inmediaciones;

lo habían contratado para empujar el carro con el equipo. La verdadera atracción no era ni siquiera la procaz señora a la que los aldeanos habían apodado, desde su primera aparición algunas primavera atrás, «la Valenziana»; al contrario, el personaje verdaderamente notable era *munsù* Bardella, que de vez en cuando recorría las calles de pueblos pegados a las colinas del Monferrato, cambiando para siempre el destino de alguna afortunada familia.

Las puertas ya estaban abiertas de par en par y enmarcaban a mujeres sonrientes de mediana edad con su séquito de jovencitas. Los arcos que daban a los patios interiores se habían poblado de ancianos, niños y jovencuelos que rozaban con miradas furtivas a la bella Valenziana. Bastaría con que la mujer les hubiera devuelto a ellos un atisbo de sonrisa para que hubieran salido huyendo a meterse de nuevo en los establos como pollitos asustados, pero esa misma tarde quienes pasaran por la plaza los habrían oído manifestar entre risas los más atrevidos comentarios sobre la esposa del fotógrafo.

—*¡Buondì, munsù* Bardella! —saludó festivamente una mujer asomada a la puerta de su casa—. ¡Salud al señor y la señora Bardella, chicas!

De la oscuridad surgieron tres chiquillas con sus mejores chales, ya demasiado gruesos para el mes abril.

—¿A que son guapas mis chicas? —preguntó la mujer, agarrando la barbilla de la que tenía a su lado para obligarla a mostrar su rostro al fotógrafo.

—Son unas niñas muy guapas —le concedió el hombre—, y dentro de unos años serán hermosas señoritas.

—Rosetta tiene dieciséis años —continuó la mujer, tirando de la chica por la barbilla—, sabe cocinar, coser y bordar: ¡si viera usted qué ajuar más bonito está preparando!

—Si su Rosetta ya tiene dieciséis años —sonrió Bardella—, entonces dele leche todos los días, de lo contrario nunca se desarrollará, y no le endigue ese suero de leche transparente que queda después de retirar toda la nata para hacer la mantequilla que vender en el mercado.

Las vecinas de la mujer no distinguieron las palabras de Bardella, pero vieron claramente que el rostro de aquella se ponía como un tomate de vergüenza, para palidecer luego con la mortificación.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales...

—*¡Munsù Bardella!* —lo llamó una joven desde un portal—. ¿Cuánto cobra por una fotografía de mis pequeños?

La niña, de unos siete años, vestía una túnica blanca, mientras que su hermano mayor llevaba una chaquetita realzada por un brazalete de raso blanco en la manga.

—¿Comunión y confirmación? —preguntó el fotógrafo.

—Sí, a él lo confirmaron la primavera pasada y ella hará la comunión el próximo mes de mayo, pero me gustaría que se fotografieran juntos porque...

—Le haré un buen descuento, señora —tuvo a bien avisarla—, dos fotos por el precio de una.

El fotógrafo entró en el patio con su bella esposa del brazo, y el chico los siguió con el carro.

—Vamos, Berto, coloca el telón —le ordenó.

El chico sacó del carrito lo que parecía un rollo de tela de los que venden en las mercerías, aunque mucho más grande. Sus maniobras atrajeron a una pequeña multitud de curiosos.

—Permanezcan de este lado, señores —advirtió Bardella a un grupo de ancianos—, de lo contrario acabarán en la fotografía, ¡y me parece que ustedes hicieron su primera comunión hace ya bastante tiempo!

Los viejos campesinos se rieron a carcajadas y se colocaron donde se les indicó.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Berto? —soltó Bardella, señalando el toldo que el chico acababa de izar y que mostraba un cuadro con un jardín lleno de flores—. ¡Ese es el telón de fondo para las bodas y los compromisos matrimoniales! ¡El fondo para comuniones y confirmaciones es el que tiene los ángeles! Tenemos telones

de fondo para todas las ocasiones, ¿saben ustedes? —informó a su público, ya bien numeroso; sabía perfectamente que incluso antes de tomar las fotografías de los dos niños encontraría a más clientes.

Como era de esperar, en efecto, a la foto de los dos hermanitos le siguieron muchas otras, lo que obligó al pobre Berto a cambiar varias veces el telón de fondo. Finalmente, cuando todos —recién casados, recién nacidos con túnicas bautismales, reclutas con escarapelas tricolor— quedaron satisfechos, el instrumental volvió al carro y la procesión reanudó su marcha.

—Fotografías, retratos de familia, recuerdos de la confirmación y del servicio militar, compromisos matrimoniales, bodas...

Las salidas a la calle volvieron a abrirse. Algunas madres buscaban la mirada de Berto con la esperanza de que pudiera defender su causa, pero él respondía a aquellas expresiones suplicantes con una mueca de sorna. Esas mujeres siempre lo habían mirado frunciendo la nariz porque era hijo de un aparcerero; ahora que trabajaba para un famoso casamentero, un *bacialè*, como lo llamaban por aquellos pagos, parecían tener la esperanza de que olvidara su soberbia.

La Valenziana estrechó el brazo de su marido y señaló con la cabeza, tan morena, una de las salidas abiertas, frente a la cual una madre exhibía lo que podría describirse como pésima mercancía.

—¿Te refieres a esa? —le preguntó en voz baja, mirando a la chica a la que su mujer había señalado, una especie de gigantea con facciones duras y los brazos tan robustos como los de un mozo.

La Valenziana se acercó a su oreja y le susurró algo.

—¡Por supuesto, querida, tienes toda la razón! Disculpe, señora... —Se le acercó afable.

—Giuditta —se presentó la mujer—, viuda de Bosco.

—¿Quiere que le hagamos una fotografía a su hermosa hija, señora Bosco?

—Con mucho gusto —chilló con entusiasmo—. Si supiera con cuántas ganas lo esperábamos, ¿verdad, Nerina?

La muchachota frunció su hirsuto ceño y se ciñó el chal recién confeccionado.

—Berto, esta foto la haremos dentro de la casa; monta el carrito en el patio, luego lleva dentro el telón de fondo pequeño y la silla Savonarola.

—¿La del respaldo alto o la otra, la que tiene forma de barco?

—Digamos que la que tiene forma de barco, si te gusta llamarla así —resopló Bardella, exasperado—. Vaya usted abriéndonos camino, viuda de Bosco.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, las madres que habían presenciado la escena desde sus puertas abiertas se agolparon en el centro del callejón, uniéndose en un inexpugnable corro del que quedaron excluidas sus hijas.

—¿Cómo es posible que *munsù* Bardella haya elegido a la hija de Giuditta? —preguntó indignada una de las mujeres, que llevaba un pañuelo atado a la nuca—. Nerina es buena moza, pero las chicas guapas están hechas de otra pasta.

—Hasta las pasables están hechas de otra pasta —murmuró la madre de Rosetta, que había seguido con avidez el desfile del carro.

—Ahora entiendo por qué me dijo que le diera más leche a mi Rosetta, si lo que le interesa es ese tipo de mujerona.

—Tú a Rosetta deberías darle más leche, de verdad —replicó la mujer con el pañuelo en la cabeza—, si no, tan flacucha como está, ¡no se la quedará ni un recadero de aquí, del pueblo, ya ni hablar de un rico caballero argentino!

—Yo no podré engordar a mis hijas —admitió la mujer—, pero al menos no las mato de cansancio y tienen la espalda bien recta. No como la pobre Nerina, que lleva cortando leña desde que era una niña y ahora tiene joroba. Giuditta se la ha escondido con un chal nuevo, ¡pero ya veréis cuando *munsù* Bardella se dé cuenta, ese no va a mandar su foto a Argentina!

Capítulo 2

Turín, mayo de 1908

«Aquella era una mañana radiante»: así es como la habría descrito un poeta de escaso talento. Una definición de este tipo, por banal que fuera, resultaba absolutamente adecuada: toda la creación, las cosas y las personas, palpitaba con el vigor que transmitía el cálido sol de primavera. Mientras todo lo que tenía a su alrededor temblaba de alegría primordial, el joven abogado Ferro caminaba hacia el bufete con paso lento, arrastrando los pies. «Joven abogado» era un eufemismo: Edmondo Ferro, el único descendiente varón de su familia, tenía ya treinta y siete años y ya llegaba a todo con retraso, o eso era lo que sostenían sus parientes. Aún no era un profesional establecido, no había tomado esposa, ni, en consecuencia, obtenido un heredero; pero es que, además, aún no había decidido —y ese era su secreto más íntimo— si convertirse en un abogado de primera, un buen marido y un padre de familia eran cosas que realmente deseaba.

El sol de mayo brillaba indiferente a sus tormentos; él también habría podido dejarse inundar por aquella difusa emoción placentera, pero las dos únicas sensaciones que lograba percibir eran el peso de su delgado cuerpo, que se resistía con todas sus fibras a la dirección que le estaba imponiendo, y los golpecitos que le daba en su costado el libro que llevaba en el bolsillo de su americana.

La noche anterior se había dormido entre las páginas de *Rojo y negro*, de Stendhal, justo durante el arresto de Julien Sorel. Ahora se sentía terriblemente preocupado por ese pobre joven y no podía tolerar la idea de no recibir noticias suyas hasta bien entrada la noche. Por supuesto, podría haber leído por encima en su despacho, como hacía a menudo, ocultando el libro cada vez que oía el clic del picaporte; pero cuando una trama alcanzaba el clímax del *pathos*, odiaba enfrentarse a ella en pequeños bocados tragados a hurtadillas, sin ni siquiera poder saborearlos.

De repente, una mirada lo rozó. El abogado Ferro era muy sensible al peso de ciertas miradas, que a veces percibía sin tener que volverse para obtener una confirmación de ellas. La mirada en cuestión procedía de detrás del escaparate de una tienda, de una librería para ser exactos, pero, en esa mañana tan radiante como oscuro era su humor, se negó a captarla, prefirió sacudírsela de encima.

Como un autómatas, cruzó el portón del edificio que albergaba el galardonado Bufete Ferro - Abogados desde 1807, y comenzó a subir las escaleras con el libro, que se agitaba en su bolsillo, fustigándolo a cada peldaño.

«¡Azotes!» Eso es lo que se merecía, solía repetirle su conciencia con una voz poderosa, pero, al mismo tiempo, estridente como la de su tío Eugenio; una voz que, metiéndose por las orejas en las que diariamente vertía sermones y reproches, había conseguido penetrar en su interior, extendiéndose por todos los meandros de su ser. «¡Deberías avergonzarte de ti mismo! —coreó su conciencia con la odiosa voz de su tío—. ¡Estás tirando a la basura una suerte que otros, mucho más merecedores que tú, no han tenido!»

No merecía su suerte: en ese punto, tanto él como su conciencia estaban completamente de acuerdo. Pero la verdad era que él ni siquiera deseaba esa suerte.

«Lo dices porque siempre has tenido los pies calientes, te han alimentado y educado bien, pero, si hubieras nacido en una familia de gente pobre, ¿no te permitirías desdeñar comodidades y privilegios!»

Los abogados de Ferro llevan un siglo defendiendo la ley, y cuando te toque a ti tomar las riendas del bufete, ¡lo mandarás todo al garete en unos pocos años!»

El año anterior, el galardonado Bufete Ferro – Abogados desde 1807 había cumplido cien años, y desde entonces su tío aún lo atormentaba más: «¡Un siglo de honorable actividad, un siglo de compromiso del cual no eres digno!». Le estuvo repitiendo esa perorata durante todo el año 1907, y el abogado Edmondo Ferro temía tener que seguir escuchándola durante muchas décadas más, aunque desde hacía unos meses, es decir, desde principios de 1908, su tío había cambiado el estribillo: «¡Más de un siglo de honorable actividad, más de un siglo de compromiso del cual no eres digno!». Qué afilados eran esos «más de» que su tío le lanzaba cotidianamente, como minúsculos dardos.

Para conseguir que dejaran de taladrarlo, Ferro debería haberse enderezado, haberse comprometido con su trabajo y, tal vez, haber tomado una esposa por fin. La habría encontrado con facilidad; bastaría con echar un vistazo a su alrededor. Evidentemente, él no era ningún Adonis —bajo de estatura, enclenque, con la espalda ligeramente encorvada, el pelo escaso de un rubio apagado que ya iba tirando a canoso y una nariz afilada y ganchuda, características que, reunidas, le daban el aspecto de un ave rapaz desplumada—. Pero Turín estaba llena de ambiciosas doncellas que habrían pasado por alto su falta de atractivo con tal de casarse con el último vástago de una brillante dinastía de abogados.

El abogado Ferro no culpaba a las mujeres que buscaban un cónyuge acomodado, dado que a menudo aquella era la única forma de elevar su condición. Pero lo cierto era que no quería ser un marido de conveniencia. Si a las mujeres se les hubiera permitido educarse y cursar carreras lucrativas, se habrían dado muchos más matrimonios por amor.

«Si las mujeres fueran independientes, tú, feo como eres, ¡no encontrarías a ninguna dispuesta a pillarte!»

—Pues entonces, ¡que así sea! —murmuró para sí, encogiéndose de hombros y subiendo el enésimo escalón.

Poner en marcha un matrimonio, al fin y al cabo, era una gran pérdida de tiempo: había que encontrar a la chica apropiada —o, en su caso específico, a la menos equivocada—, intentar conocerla lo justo para no meter en casa a una extraña, ponerse de acuerdo con la familia de ella sobre los detalles económicos y luego organizar un gran banquete de bodas, asegurándose la participación de la gente adecuada... ¡Como si en el mundo hubiera personas equivocadas *a priori*!

No, la vida era demasiado corta y el tiempo demasiado precioso para malgastarlo en semejantes tonterías; uno podría aprovecharlo mejor leyendo. Sí, esa era su gran pasión, o quizá su obsesión: leer todo lo posible.

Aunque sabía que el matrimonio no era lo suyo, también sabía, de todas formas, que al menos debería llegar a ser un abogado mejor, no solo para complacer a su familia, sino por su propio interés. Si se comprometiera más con la abogacía, quizá consiguiendo hacerse con alguno de esos casos prestigiosos de los que se hablaba en la prensa, su tío dejaría de fustigarlo con esas largas regañinas —¡aquello sí que era una pérdida de tiempo!— y le concedería el crédito necesario para permitirle gestionar su trabajo de forma autónoma, lo que le brindaría la oportunidad de organizar sus días de un modo que le permitiera tener más tiempo para sí mismo y para la lectura.

El libro seguía chocando contra su costado, pero el abogado estaba resuelto a no prestarle atención: a partir de ese momento, ¡cambiaría de registro y se esforzaría en el trabajo, tanto para acallar a su conciencia como a su tío!

—¡Inútil!

El joven Ferro se detuvo: aquella palabra no había salido de la voz de su conciencia, ¡sino de su tío en persona!

Ahí estaba, el rugido de la bestia que más temía en el mundo, alcanzándolo a un tramo de escaleras de distancia. El abogado tendió la oreja, aunque no era en absoluto necesario:

—¡Eres un inepto! —oyó despotricar—. ¡Un inútil, peor que mi sobrino!

Esta vez las invectivas del tío no iban dirigidas a él —salvo de manera indirecta, poniéndolo como ejemplo de inutilidad—, sino a uno de sus muchos subordinados: un pasante de Derecho, un escribiente o tal vez un archivero.

Si Edmondo hubiera entrado en el estudio en ese momento, su tío, sin lugar a dudas, lo habría involucrado en la discusión, primero exponiendo la presunta infamia cometida por el infortunado, luego descargando su furia contra él, ya que, en su opinión, no daba en modo alguno un buen ejemplo. Cada error, descuido o contra-tiempo con el que su tío se topaba le era atribuido de modo inexorable: ¿cómo podía esperarse una buena conducta de los empleados cuando aquel que algún día iba a heredar el bufete y ya debería haber tomado las riendas haraganeaba todo el día? Ese era el momento en que el desgraciado de turno salía por piernas, dejando que el jefe se desahogara con su sobrino. Ese era el motivo por el que todos los empleados de la empresa adoraban a Edmondo: no por su incuestionable amabilidad, sino más bien porque siempre se podía contar con él como chivo expiatorio. Pero, en fin, ¿ese día el abogado Ferro no se sentía realmente dispuesto a prestarle a la víctima ese piadoso servicio!

En vez de continuar subiendo las escaleras, bajó un tramo y se metió por una puerta lateral que daba acceso a una escalera de servicio; un lugar estrecho, polvoriento y bastante oscuro, pero no lo bastante como para impedirle leer.

—Oh, mi pobre Julien —murmuró con cariño el abogado, mientras abría de nuevo el volumen por donde lo había interrumpido la noche pasada—, estoy muy angustiado por tu destino, aunque, para ser justos, ¡menuda la que has montado!

Una novela dedicada al sentido de la vista y a la capacidad de aprovechar las oportunidades



A principios del siglo XX, en Turín, el abogado Edmondo Ferro trabaja con desgana en el prestigioso bufete de su familia, aunque a lo que le gustaría dedicarse en realidad es a la lectura de novelas. Mientras tanto, en los salones de la alta burguesía de la ciudad, que se ve obligado a frecuentar, la nueva moda son unas médiums a las que se trata como a divas, y que a menudo van acompañadas de fotógrafos que afirman ser capaces de inmortalizar a los espíritus del más allá. Al mismo tiempo, en los campos de los alrededores, muchas personas deciden emigrar; es el caso de Pia, una humilde chica a la que un fotógrafo convence, con la promesa de que así podrá ayudar a su familia, de que se embarque rumbo a Argentina, junto con otras jóvenes campesinas, con la ilusión de reunirse allí con un prometido al que nunca ha visto y al que nunca verá. El viaje, en realidad, les deparará a todas distintas sorpresas y, entre peligros inesperados y graves desventuras, Pia tendrá la oportunidad de descubrir una vocación que antes desconocía.



Desy Icardi continúa su serie de libros sobre los cinco sentidos. En el centro del relato se encuentran el arte de la fotografía, en todas sus manifestaciones, y una chica con una ferviente curiosidad, que será capaz de cambiar para siempre el curso de su vida.

La fotógrafa de los espíritus es una historia fascinante y emotiva sobre la importancia de encontrar nuestro propio camino, yendo en pos de las pasiones más verdaderas.

3655038



AdN